

Augusto Andrés Ortega: filósofo innegable y teólogo vital

Félix Ruiz Nagore

Resumen

Augusto Andrés Ortega disfruta con el éxito de quienes poseen un pensamiento que conecta con las expectativas y necesidades del hombre. Además no es eco de nadie porque tiene su propia y personal identidad filosófica y teológica. Hay en Andrés Ortega un desmentido que señala a los defensores de un solo pensamiento que camina siempre en la misma dirección. Por ello nos atañe y nos compromete la doctrina de Andrés Ortega que aparece formando un sistema o, más sencillamente, un todo coherente en los múltiples temas tratados por él. Este artículo comenta algunos temas de su pensamiento teológico.

Abstract

Augusto Andrés Ortega enjoys with the success of those who possess one thought that connects with the expectations and needs of man. Furthermore he has his proper and personal philosophical and theological identity. There is in Augusto Andrés Ortega a denial that indicates the defenders of one only thought that moves always along the same direction. For that reason we are affected and engaged by the doctrine of Andrés Ortega that appears forming a system or simply by all coherent in those multiple topics treated by him. This article comments on some topics of his theological thought.

Palabras clave: Razón teológica, Creación, retorno al Creador, Encarnación, Fe.

Key words: Theological reasoning, Creation, Return to Creator, Incarnation, Faith.

Me complace resaltar la titánica personalidad de Augusto Andrés Ortega –claretiano–, capaz de llevar a cabo sobresalientes proyectos filosóficos y teológicos; igualmente subrayo que maneja el lenguaje con soltura y también con ironía, que según los griegos es el origen de la sabiduría. Él mismo nos ofrece un buen ejemplo pleno de aguda ironía: «Ortega y Gasset –de fina perspicacia en otras cosas–, pero a quien en tema de religión y, sobre todo, de mística, tenemos que hacer la merced de creer que sabe muy poco»¹. Los datos, las refle-

¹ ANDRÉS ORTEGA, Augusto: *Escritos teológicos y filosóficos*, vol. I. BAC, Madrid, 2004, p. 19. Ildefonso Murillo y José Luis Caballero Bono han preparado

xiones y los pensamientos claros y penetrantes permiten a Andrés Ortega la utilización en su justo momento de procedimientos mayéuticos con el fin de esclarecer qué es el hombre y cómo puede alcanzar la plenitud humana. Pero para ello hay que establecer previamente la naturaleza de la íntima relación entre el hombre y Dios. Esto quiere decir que sin Él no hay lugar para un desarrollo humano integral.

Los dominios explorados por Andrés Ortega son, además de extensos, muy ricos y variados. Estamos ante un pensador que no es antiguo, premoderno, moderno o posmoderno, sino perenne. Lo que sucede exactamente es que no tiene necesidad de etiquetas. Su grandeza la encontramos en la intensidad, en la magnitud de su obra, en la importancia y trascendencia de los temas tratados tanto en sí como en su cualidad referencial y, por tanto, de apoyo y sustento de posteriores reflexiones. Estos son los temas analizados y estudiados por Andrés Ortega en el primer volumen de sus *Escritos teológicos y filosóficos*: retorno a lo místico, razón teológica, fe e inteligencia de la fe, hermenéutica, Jesucristo y su llamada, el encuentro del hombre con Dios y la plenitud de la revelación, concepto y esencia de la revelación, tradición y dogma, la Iglesia como misterio, índole escatológica y misterio trinitario; en este ámbito se sitúa a María. Adviértase que estos temas citados son sólo parte de una cuidada selección que posteriormente es estudiada en profundidad por este sólido estudioso.

Quien así se comporta inevitablemente pone en evidencia a una sociedad tan frívola y cicatera como la nuestra, que por su modo social de ser es producto de una tiranía intelectual implacable y muy peligrosa ya que su objetivo es reinventar o destruir los derechos naturales que nacieron con el primer hombre. En consecuencia, hay una finalidad irrenunciable: aniquilar toda la tradición y muy singularmente la que procede del cristianismo. Así se ha construido una sociedad relativista, obediente hasta la sumisión, hedonista y arbitraria. De esta forma se instala la convicción de que todo es igual y todo da lo mismo, como oportunamente recuerda Andrés Ortega: «cada época aporta su dificultad peculiar a la fe sobrenatural en la medida, sobre todo, en que lo humano se acentúa o se desvía»². Precisamente el pensamiento de nuestro autor en sus facetas filosófi-

esta edición con impecable rigor. Gran labor la suya. Las introducciones de Francisco Rodríguez Pascual, Macario Díez Presa y Nereo Silanes son indispensables para el conocimiento objetivo de Augusto Andrés Ortega.

² Op. cit., p. 182.

cas y teológicas es justo lo contrario a lo dicho sobre la sociedad, ya que se instala en la pasión por razonar, precisar, aclarar y afianzar. Este tipo de sociedad, la nuestra, es contradictoria e incapaz de superar su propia crisis, ya que está acomodada en ella perdiendo así la perspectiva necesaria para alumbrar una sociedad en la que la sensatez se imponga a la insensatez que proviene del hombre que insiste en su alejamiento de Dios. Una sociedad, pues, pretenciosa y mediocre. Ciertamente hay excepciones, muchas excepciones, pero su misma existencia no hace sino confirmar que el hombre sin Dios es necedad. También conviene recordar una sana reacción social ante tanto atropello dirigido directamente contra la historia, la tradición y la cultura cristianas.

No obstante, Andrés Ortega proclama que es posible caminar hacia una sustancial relación con Dios basada en su amor, rico y fiel según dice la Biblia³. Mas san Juan se expresa con una mayor magnificencia y amplitud: «El que no ama no conoce a Dios porque Dios es amor» y «el que vive en amor permanece en Dios y Dios en él»⁴. He aquí el siguiente diagnóstico de Andrés Ortega, muy acertado y oportuno: «Al hombre de hoy le cuesta creer, le cuesta esperar. Hay en él como una imposibilidad de creer y de esperar, un malestar profundo que Kierkegaard ha llamado con razón “enfermedad de muerte”»⁵. La defensa de esta posición, además de encauzar el problema, convierte al riguroso pensador en guía para llevar el hombre a Dios, valor supremo capaz de convertir la desesperanza en esperanza, penetrando y ahondando en el significado de providencia divina, que cuida del hombre y también de las cosas.

1. Creación y providencia divina

El núcleo de estas verdades reveladas interpela a quienes llevados únicamente por afanes materiales renuncian o, al menos, se desprecupan (los esfuerzos agotan) de todo lo que se refiere a la revelación de la fe sobrenatural y, más en concreto, a la búsqueda de Dios, que se ocupa y preocupa por el hombre y por el cosmos. Dios, por consiguiente, provee de medios y fines para que el hombre persevere en la lucha para alcanzar las metas propuestas por

³ Cf. Ex 34, 6.

⁴ 1 Jn 4, 8 y 16.

⁵ ANDRÉS ORTEGA, Augusto: op. cit., p. 183.

Dios. De aquí se deduce que tiene relación inmediata con los seres creados por Él. Mediante la constatación de esta realidad se resuelve la importancia, mejor la necesidad, que el hombre tiene de la existencia de lo sobrenatural. En los planes divinos aparece la presencia de la libertad humana como parte esencial. La sabiduría, la bondad, la omnipotencia y el amor de Dios, constituyen garantía segura para los hombres. A ello nos lleva la existencia de un Dios personal y creador. Todo concurre en la ejecución de la voluntad divina, que tiene en cuenta la totalidad de los seres creados. No hay, en consecuencia, lugar para el fatalismo de cualquier signo: cósmico o no cósmico, teológico o no teológico. Comprobamos así que el ser humano es el único capaz de conocer en toda su grandeza la creación y la providencia divina; ahora bien, esta última, no es una ley divina sino el acto de la voluntad de Dios, que gobierna todo lo por Él creado, pero teniendo en cuenta la naturaleza distinta que hallamos entre las criaturas. Hay que destacar igualmente que la providencia se manifiesta en actos tanto volitivos como intelectivos y ejecutivos, en relación al fin establecido por Dios.

Con el objeto de aclarar ideas hay que decir que necesitamos de la revelación para conocer la providencia de Dios. Los griegos no gozaron de esta oportunidad y estaban convencidos de que todo sucede fatalmente; al destino ciego no escapa nadie, ni siquiera los dioses. Los agnósticos, los panteístas, los ateos y los deístas (estos fueron condenados en el Concilio Vaticano I) rechazan la providencia divina. Sin embargo, esta comprende todos los seres creados, tal como queda dicho. Pero entre ellos está el hombre que ocupa lugar privilegiado, porque, entre otras razones, Dios se ocupa de él personalmente y desea la salvación de todos los seres humanos. La Biblia corrobora lo dicho: «Pero tu providencia, Padre, gobierna el mundo»⁶. Y Jesús: «Por eso os digo: mirad cómo las aves del cielo no siembran, ni siegan, ni encierran en graneros, y vuestro padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas?»⁷. Así tenemos ya lo que es propio de la providencia: divina, eficaz, inmediata, coherente, sabia, bondadosa, universal e infalible en cuanto que siempre alcanza su fin. Quien dice providencia dice todo lo expresado con anterioridad. Los conceptos antecedentes están fundamentados en la esencia divina. Lo que esto significa positivamente corresponde al espíritu absoluto, que es individuo además de uno en sí. Por esto

⁶ Sab 14, 3.

⁷ Mat 6, 26.

también se deduce la omnipotencia divina, que pone de manifiesto el propio ser perfecto y por ello pleno. Esta idea aparece en el cristianismo conectada con la noción de providencia. Desde esta perspectiva se adivina un Dios personal, que igualmente mantiene una relación personal con el hombre y no sólo colectiva. De otra forma, el ser humano, ser amparado por Dios, pasa a ser singular en conexión estrecha con el Ser providente, que genera una actitud de absoluta confianza; se trata de la integración en los planes divinos.

Pero muchas son las dificultades que plantea el misterio de la providencia. La muerte de niños inocentes y, más genéricamente, el mal que nos rodea y nos angustia. De todos modos, hay que afrontar los problemas que encontramos al aceptar la providencia de Dios que creó con absoluta libertad. De otra forma sonaría a burla si Dios se hubiera despreocupado de sus criaturas. Dice la Biblia: la sabiduría «se extiende poderosa del uno al otro extremo y lo gobierna todo con suavidad»⁸. Sin embargo, quienes rechazan la providencia mantienen que no tienen sentido los sufrimientos y los males físicos y morales; las desigualdades entre los hombres; el triunfo del mal sobre el bien... Mas para un cristiano no hay que eludir ninguno de los inconvenientes y de los problemas que surgen del misterio de la providencia. Es muy larga la lista de cristianos ejemplares que apostaron por un tipo de vida que contrarresta el dolor con la alegría de vivir en la apuesta por la cultura de vida plena y satisfactoria a pesar de todos los males y sufrimientos.

Andrés Ortega nos obsequia con el siguiente enfoque clarificador: «Todos los seres, en cuanto son, son de Dios. De aquí que naturalmente *–propio pondere–* tiendan a Dios más que a sí mismos. ¡Como que están en Dios mejor que en sí mismos...! Los lleva, los arrastra a Dios el principio universal de identidad, el cual, por aplicarse al ser, en cuanto ser, y, por lo mismo, sólo cumplidamente a Dios, vence al particular que se cumple *–proporcionalmente–*, deficientemente, en cada uno de los seres creados»⁹. En efecto, lo que es se expresa por lo idéntico. Es aquí donde se manifiesta la identidad de lo uno sin que por ello haya que prescindir de la diversidad de lo múltiple. Es más, el principio de identidad (*el ente es el ente; el ser es, el no ser no es; lo que es, es lo que es*), principalmente en el orden lógico y en el orden ontológico, concibe al ente como uno e indiviso y cuya contradicción con lo múltiple es aparente; es, por lo tanto, una antino-

⁸ Sab 8, 11.

⁹ ANDRÉS ORTEGA, Augusto: op. cit., p. 47.

mia. En consecuencia, cualquier esfuerzo del hombre para renegar de su naturaleza, o sea, de la propia identidad, no sólo es baldío, sino nefasto para el ser humano. De otro modo, cuando el hombre ignora o sobrepasa al propio ser falsea su propia identidad manteniendo así que su ser no es lo que es, ser creado, sino alguien que sustituye a Dios. He aquí la raíz y la explicación de todos los desastres habidos en nuestra época, puesto que cuando el hombre ocupa el lugar de Dios los daños están garantizados. El ser humano no puede –no debe– asumir poderes y comportamientos que no le pertenecen por naturaleza. No hay, pues, mayor urgencia que conducir al hombre al reconocimiento y a la consiguiente aceptación de la propia condición natural que proviene de Dios creador.

Desde la perspectiva de Dios, que crea por amor, encontramos sentido en todo lo creado, es decir, en el hombre y en el cosmos. Todo lo dicho presupone una visión siempre alerta para saber qué hacer ante las dudas; Dios también es la luz que alumbra a todo hombre; así el balance final es altamente positivo. Aquí resulta obligada la cita del siguiente texto de Andrés Ortega: «Crear, por ejemplo, es una acción de Dios, por la cual el mismo Dios “pone” fuera de Él una realidad. Una realidad “trascendente” a Dios; y, naturalmente, distinta de Él. La creación es un acto de Dios efusivo de Sí mismo (Dios es amor), en que Dios da de Sí sin poder recibir nada. Podemos afirmar que la creación sea una acción de Dios que pone una “alteridad”, pero sin “alteración” ninguna de su parte»¹⁰. He aquí una aportación muy consistente y... verdadera para el conocimiento de Dios Creador, que da sentido a todo lo originado por la creación. Y no es menos importante el hecho de que el hombre alcanza la razón de su existencia en el Principio Originario, Dios, que ama al crear. Con lo ya expresado estamos en disposición para ahondar en la naturaleza de Dios y en la naturaleza del hombre. Este ser providente y omnipotente presta al hombre el equilibrio necesario para su desarrollo integral. Citar, aquí y ahora, a Sciacca diría que es obligado por la afinidad de ideas con Andrés Ortega. Ambos nos ayudan a ahondar en Dios como fundamento y explicación de todo lo existente. Veamos este texto de Sciacca: «En consecuencia al ser inteligente finito que es, como todo otro ente, por la libre expansión de la divina Voluntad de amor, es intrínseco el vínculo ontológico y con él el libre retorno, por voluntad amorosa y con todo su ser y permaneciendo el ser que es, el Principio creante que, por lo tanto, es tam-

¹⁰ Op. cit., p. 352.

bién Fin último [...]. El vínculo ontológico del Principio creante-ser creado es intrínsecamente escatológico y es esencialmente tal la metafísica creacionista: de la creación del ser finito (momento metafísico-ontológico) es un acto de amor, el uno y el otro vinculan lo creado al Creador»¹¹. Está probada la infinita perfección de Dios y la finitud intrínseca del ser creado, mas no por ello se cierra el camino que lleva al hombre hacia Dios, que –advírtase– es infinita riqueza; el hombre, en cambio, tiene un límite ontológico que con frecuencia es olvidado. Sólo Dios no es limitado en su naturaleza.

2. El sentido y valor de una metafísica creacionista. La vuelta hacia el Creador

De inmediato hay que constatar que el hombre tiene capacidad para averiguar qué le pertenece ser según su naturaleza. Mas dentro del contexto creacionista se hace sentir la presencia de Dios-Creador. De este modo el camino hacia Dios queda despejado; es el momento en el que el hombre asume lo creado como lo que proviene de Dios y vuelve a Dios. La creación, en consecuencia, debe ocupar lugar destacado en toda filosofía bien estructurada, ambiciosa y completa. El hecho de asumir el hombre su condición de criatura y sentirse como tal es acto primordial de la conciencia del ser humano. Resulta, por consiguiente, que si el hombre contradice su esencia pierde fuerza y posibilidades para ir creciendo en su totalidad, o sea, en su integralidad. En esta filosofía (la de Andrés Ortega y la de Sciacca, salvando la originalidad e independencia de cada uno de ellos) está presente el reconocimiento de todas las manifestaciones vitales del hombre, que no puede rechazar, sin más, la situación ontológica del ser creado. Todo lo que antecede es un reconocimiento y un acercamiento al Ser-Creador, valor supremo y origen de todos los valores y derechos del ser creado.

Muchas son las lecciones y enseñanzas que podemos deducir. En primer lugar el teólogo no puede limitarse a una mera explicación de lo revelado; esta función es la propia de los catequistas, dicho sea sin desmerecer su labor puesto que además de necesaria, es indispensable. El teólogo tiene que desarrollar la revelación sirviéndose de la razón, pero, obviamente no por la sola razón. Ciertamente

¹¹ SCIACCA, Michele Federico: *Ontologia triadica e trinitaria*. Obras Completas, vol. 36, Marzorati- Editore, Milán, 1972, p. 66.

el teólogo se hace filósofo y viceversa. En el primer caso se encuentra Andrés Ortega y en el segundo se halla Sciacca. Son dos casos paradigmáticos; es la actitud mantenida por ambos; también para ellos, *El* (en hebreo y en arameo), crea libremente y por amor; es omnipotente, omnisciente, justo, providente, uno y trino, inmenso, máximamente perfecto, omnipresente, inmutable, misericordioso, eterno, único, principio y fin de todo lo existente. En definitiva, es tal la importancia de la creación que pasa a ser la base de la metafísica creacionista en la que lo creado no es el *no-ser* sino un *ser-nuevo* opuesto a la nada. En estas condiciones resalta la unidad estructural fundamentada en la vinculación de lo humano con lo divino. Esta misma existencia derivada inmediatamente de la creación divina conlleva un significado objetivo en el ámbito del conocimiento. Tan importante es la vinculación del Ser con los seres. Esta vuelta al Ser abre amplios horizontes para dotar de racionalidad y certidumbre a las verdades reveladas. El misterio, pues, se abre a la metafísica. Efectivamente, Dios es el sentido, el empuje y el centro de las relaciones efectivas con el otro, con lo otro y con el Creador. Desde el punto de vista propuesto el hombre de hoy tiene todo dispuesto para un progreso personal sano.

3. *Comprender para creer, creer para comprender*

Al hombre se le presenta la oportunidad de actuar en el mundo para encauzar lo creado hacia el Creador. Desde esta posición las carencias del hombre no impiden elevarse a Dios. En segundo lugar, apoyándome en Andrés Ortega, diré que la fe cristiana «no es sólo un puro *assensus*. Éste no se da; sin algo a que asentir. La fe, por lo tanto, es, además, una *intentio cognoscitiva*. Pero esta intención de la fe nos lleva a verdades sobrenaturales. La fe es sobrenatural esencialmente. La razón teológica es mezcla de razón natural y de fe»¹².

La fe cristiana es un encuentro interpersonal entre Dios que llama y el hombre que libremente contesta aceptando el mensaje divino centralizado en la revelación. Sin embargo, como dice San Pablo, «así estamos siempre confiados, persuadidos de que, mientras estemos en este cuerpo, estamos ausentes del Señor, porque caminamos en fe y no en visión»¹³. No es, por tanto, en este mundo, donde ve-

¹² ANDRÉS ORTEGA, Augusto: op. cit., p. 34.

¹³ II Cor 5, 6-7.

remos a Dios. Sintetizando diríamos con San Agustín que el hombre necesita creer en algo, creer a alguien y creer en alguien¹⁴. Incluso la razón nos alerta y nos previene de que tiene sentido creer y de que hay argumentos para creer en principios y prácticas propias de la religión cristiana. Ahora bien, no es lo mismo la fe y la creencia, aunque estén íntimamente ligadas ya que son inseparables. El punto de mayor apoyo de la fe es todo lo revelado por Dios personalmente. Se trata de la oferta infinitamente generosa de Quien es Amor. Por consiguiente, la fe rezuma sentido y es fundamentalmente esperanza que veremos cumplida después de la muerte. Esta fe como esperanza, lejos de encerrar al hombre en sí mismo lo abre hacia Dios. En el hombre está el hacer de la fe un ansioso y amoroso compás de espera. La fe, en todo su valor y verdad, sólo en el catolicismo aparece esclarecida. De esta forma, se manifiesta así el sentido último de la fe. Y siguiendo los pasos marcados por la Iglesia no nos parecerá un absurdo todo lo revelado; al contrario, no encontraremos ninguna otra cosa que posea más sentido.

Y esta es la tarea, estos son los objetivos que persigue Andrés Ortega. Brevemente, el hombre de nuestros días necesita a Dios con urgencia y estos son datos, presupuestos y formulaciones que tienen su origen en este gran pensador; así mismo encontramos en lo dicho con anterioridad una llamada a la cordura y a la recapacitación, postura que siempre hallamos en la amplia trayectoria de este singular teólogo y filósofo que pone su gran talento al servicio de quienes buscan vivir en plenitud la existencia. He aquí, en pureza, la doctrina de Andrés Ortega: «El ser que tendería, de suyo, a realizarse tal como es en Dios, tiene que realizarse obligatoriamente, dentro del molde de su propia esencia que lo amortigua y oscurece. Sin embargo, queda en él, incoercible, irrefrenable esa tendencia metafísica, ese amor primero que puede redimirse y se redime, cumpliéndose en plenitud, a través de las luminosidades de la gracia y solamente a través de ellas»¹⁵. Tenemos, pues, una lección plena de realismo: el hombre tiene ante sí una muy dura tarea, pero también gratificante; para ello debe estar dispuesto a transformar en profundidad la relación con Dios comenzando por el reconocimiento de su condición de criatura. Igualmente se impone una conversión no sólo del incrédulo, sino también del creyente. En este caso sería más apropiado hablar de re-conversión, ya que el prefijo del vocablo añade intensi-

¹⁴ Cf. *In Ioannis Evangelium Tractatus* 29.

¹⁵ ANDRÉS ORTEGA, Augusto: op. cit., p. 49.

dad y reiteración. La mejor glosa que puede hacerse del citado texto de Andrés Ortega la encontramos en el inagotable pensamiento de San Agustín: *Comprende para creer, cree para comprender*¹⁶. Es la respuesta a un problema –relación entre razón y fe– que se extiende más allá de unos determinados límites cronológicos, ya que se prolonga durante la Edad Media hasta nuestra época. No fue fácil para los pensadores cristianos llegar a la conclusión de que la verdad humana se encuentra en los libros de los filósofos y la verdad divina en la Biblia.

Así considerado, siempre se interpelarán los tres conceptos ya señalados: fe, razón y revelación. No fue fácil llegar a una coexistencia porque en la primera patrística se dejaron aparcadas las relaciones entre la fe y la razón. En efecto, se vivía la fe intensamente, plenamente, sin intentar compaginarla con la filosofía griega. No obstante, San Justino sí era partidario de acercarse a la filosofía griega. Ahora bien, día a día avanzaba la idea de la demostración de la existencia de Dios «por la razón» o, lo que es lo mismo, con el recurso a la razón. En este sentido, el protagonismo del pensamiento de San Agustín es evidente y cada vez se reafirma más en la necesidad de aclarar el papel que desempeñan fe, razón y revelación. Consecuencia ineludible: la razón puede ayudar eficazmente a profundizar en la fe. Aquí hay todavía mucho más que no hemos dicho, pero es de máxima importancia: la anterior doctrina agustiniana responde al camino que tuvo que recorrer personalmente Agustín hasta encontrar a Dios. La actitud y el comportamiento del hiponense no son arbitrarios debido a que se basan en razones de carácter teórico e histórico-cultural. No es extraño, por lo tanto, que dicha doctrina alcanzara una aceptación tan generalizada. Estamos, además, ante un pensador que atendió con prioridad las necesidades, todas las necesidades, de los hombres de cualquier época.

Pero surge otro intrincado problema: cómo conseguir que la razón teológica no pierda la esencia en la relación con la razón. Y con mucho acierto Andrés Ortega señala que «hay dos cosas que salvar. 1.º la sobrenaturalidad de la teología; y 2.º que nuestros conceptos, en cuanto vehículos de un contenido sobrenatural, pueden realmente ser portadores de éste. Entiendo que lo primero se salva bastante en el imperativo de la fe, en cuanto ésta como *intentio cognoscitiva* confiere a dichas proposiciones un particular sentido que la razón no les daría por sí sola, un sentido que, por eso mismo, se

¹⁶ Cf. *Serm* 43,7.

afirma sólo a través del divino testimonio, o sea, a través de la fe como *assensus*. Lo segundo se salva en esa *intentio transcendens* de nuestros conceptos en cuanto tienen una continuación no natural sino trascendente –por su contenido real–, con la realidad misma de Dios. De los elementos, en fusión perfecta, se nos da el discurso teológico científicamente válido¹⁷. Pero todavía no se agota la superior lección de Andrés Ortega; hay mucho más debido a que seguimos recibiendo de él una intensa proyección de luz sobre la razón humana y la fe. En efecto, como muy bien señala nuestro pensador, «cuando decimos, pues, en vista de una proposición de fe, que la razón se para en la proposición, decimos simplemente que la razón no pasa más allá de su contenido humano, no alcanza el divino»¹⁸. De otra manera, la razón, por su ser trascendente está abocada a Dios, pero aún queda actuar respondiendo a la llamada de Jesucristo aceptando la gracia y las verdades reveladas. Y téngase muy presente que el mensaje divino va dirigido al hombre en su integralidad: razón, voluntad, vida personal y social, conocimiento y confianza en la revelación de Dios, Verdad total y absoluta.

Andrés Ortega, con su propia experiencia de la fe y con el apoyo de la doctrina tomista, magistralmente nos transmite que así como la razón termina en las proposiciones, la fe sobrenatural no termina en las proposiciones sino en la realidad revelada¹⁹. Una vez más se nos incita a profundizar, una y otra vez, en los misterios revelados para captarlos con la mayor claridad y fidelidad posibles. Y demuestra conjuntamente cómo hay que encarar los problemas que siempre han preocupado a los hombres, como la existencia de Dios, la libertad, la muerte, la inmortalidad y el mal físico y moral...El resultado alcanzado por nuestro mentor es firme y gratificante. De todos modos, lo que hace lo hace bien, así, sin reservas; igualmente, en él todo es producto de su gran talento y de su insobornable constancia por su fuerza de voluntad. En este mismo nivel, por consiguiente, se mueve su inagotable creatividad. Por si lo dicho no fuera suficiente citaré la sensibilidad, otra exquisita cualidad que le lleva a captar problemas allí donde los haya. Igualmente le debemos mucha –y completa– información acompañada por una amplísima erudición. Decir de un pensador, como el que nos ocupa, que se ha documentado cumplidamente equivale a sostener que merece total credibili-

¹⁷ ANDRÉS ORTEGA, Augusto: op. cit., p. 35.

¹⁸ Op. cit., p. 253.

¹⁹ Cf. op. cit., pp. 251-252.

dad. Su oportunidad y acierto siguen una línea ascendente, muy seductora, que transmite confianza y riqueza doctrinal infinitamente lejana del pensamiento único pero «no sostenible». La doctrina del ilustre filósofo y teólogo vacuna contra los juegos insulsos de palabras huecas por muy «lúdicos» que sean. Los eslóganes también caducan y se agotan por su persistente uso y, al final, abuso, produciendo rechazo, desinterés y hastío. Además Andrés Ortega, que conoce en profundidad el pensamiento tanto filosófico como teológico de cualquier época, tiene la exquisita habilidad de trasladar a la vida diaria su sabiduría que aclara al hombre desorientado, sobre todo, y que pone a su alcance la comprobación de que Dios le ama. Bella y eficaz la tarea teórico-práctica de quien con su actitud y seriedad se aleja de la delirante propaganda que culmina –después de una cata-rata de insultos– con el desprecio de quienes «no son de los nuestros» o, dicho de otra manera, «no pertenecen al exquisito gremio de la progresía», pero el desenlace total es todavía peor ya que directamente afecta a todos los seres humanos y especialmente a quienes creyeron que podían expulsar a Dios de la vida personal y social sin coste alguno. Ahora bien, la depauperada realidad social e individual sería muy distinta si voces como la de Andrés Ortega fueran atendidas. El sosiego y la inquietud colmada que transmite dicho pensador son más que suficientes para reanimar a cualquier hombre de buena voluntad. Es la más completa alternativa para los hombres que optan por salir del círculo cerrado de los desquiciados.

4. Un Dios que, a la vez, es hombre

Andrés Ortega también estudia un primordial problema cristológico, Dios hecho hombre: «El problema surge cuando se considera que es Dios el que llega a hacerse una realidad creada. Cuando se nos dice por la revelación que el Verbo “se hizo carne”. Aquí ya no es sólo que Dios haya puesto una “alteridad”, sino que Él mismo se ha hecho esta “alteridad”. El Verbo, el encarnado se ha hecho “lo otro” que Él, lo que en realidad no era. Lo que no puede dudarse, puesto que pertenece a la fe, es que Dios se ha hecho de verdad hombre “en la plenitud de los tiempos” (Gál, 4, 4), es decir, en una determinada ocasión temporal»²⁰. Aquí hay un recurso a la «eternidad» de Dios y, en su caso, la “eternidad” del Verbo, que se encar-

²⁰ Op. cit., p. 353.

nó para revelar al Padre. Sería grave error el querer recurrir sólo a la razón humana para resolver el problema de un Dios, que a la vez es hombre. Sin embargo, la razón teológica, desde la revelación, proclama que en Cristo se muestra Dios. La clave es propuesta por el mismo Jesucristo: «Yo y el Padre somos una sola cosa»²¹. Con evidente reiteración e insistencia constante Jesús proclama su naturaleza divina. Puede decirse que es el *Leitmotiv* del Evangelio de san Juan²². Mas deducimos de lo ya anotado que es posible creer sin fe, don de Dios junto a su gracia. No obstante, el creer y el tener fe forman parte de la naturaleza; no deja de ser un aliciente para iniciar un acercamiento a Dios, siempre dispuesto al perdón una y otra vez.

Vivir la verdad de Cristo, Dios y hombre, es vivir la doctrina revelada que contradice frontalmente la cultura de la muerte (aborto y eutanasia, por ejemplo) tan arraigada entre pensadores y no pensadores de nuestra época, tan lejos y tan incompatible con la doctrina de Jesucristo: «Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque muera vivirá, y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre»²³. Pero Jesucristo solamente podía decir lo que era, hombre y Dios, aunque sin olvidar la distinción esencial entre la naturaleza humana y la naturaleza divina. Los seguidores de Jesús creyeron en la palabra revelada por Él y, por tanto, creyeron en la divinidad del Maestro. La razón no podía argumentar debido a que las verdades reveladas sólo se conocen por intervención divina. Y así sucede con Dios hecho hombre, misterio primordial en el cristianismo, aunque todavía haya tantas cuestiones por resolver. Aquí hay que incluir el misterio trinitario, la realidad de tres personas distintas y un solo Dios, cuya acción es universal y compartida, por ejemplo, en la creación, en la providencia y, más razonablemente, en la palabra reveladora. Y es que, como dice San Pablo, «muchas veces y de muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo»²⁴. Y el valor de esta palabra proviene de la verdad que sustenta. Así proclama Plutarco de Queronea: «Ni Dios puede dar ni el hombre recibir nada más excelente que la verdad»²⁵. Pues bien, esta es la regla general y, a pesar de ello, no admite excepción de ningún tipo. No hay, por consiguiente, una nueva palabra que desdiga lo ya dicho. Si

²¹ Jn 10, 30.

²² Véase también Jn 14, 9 y 16,14.

²³ Jn 11, 25 y 26.

²⁴ Heb 1, 1-2.

²⁵ PLUTARCO DE QUERONEA: *De Iside et Osiris*, I, 35.

hubiera algo nuevo sería una falacia que en cuanto tal aparece como lo que es: razonamiento incorrecto pero con apariencia de corrección.

Si es posible, la dificultad aumenta cuando reflexionamos sobre cómo Dios y hombre están juntos en Jesucristo; es Él quien revela este hondísimo misterio. Mas, aunque solo fuera una propuesta, no es concebible ni admisible una cristología sin Jesús; el desatino no es inferior al que se derivaría de una ontología sin el ser. Y así sucesivamente. Se trata, pues, de reflexionar sobre Dios-Hombre en su realidad total. Así se puede llegar a una comprensión intensa, plena y llena de sentido. Desde esta comprensión descubrimos la autenticidad del mensaje divino. Y en este contexto, sin embargo, destaca la dificultad para conciliar las dos naturalezas tan radicalmente diversas que confluyen en Jesucristo. Todavía no se ha llegado, ni se llegará, a la última pregunta acerca de los contenidos de esta verdad revelada que sigue siendo un manantial inagotable que, a su vez, incita a preguntar más y más. Tal es la grandiosidad de lo comunicado por Jesús, poseedor de dos naturalezas que deben ser veneradas conjuntamente y por igual. Mas, precisamente por lo dicho, cuando una de las dos naturalezas oscurece (o tapa) a la otra surgen toda clase de delirios como sucede al convertir a Jesucristo en un luchador, uno más, revolucionario, resaltándose tanto la naturaleza humana como la divina. Y lo que es peor, se convierte el Nuevo Testamento en delirante ideología con la consiguiente deformación. Y es que la ideología, en términos generales, contamina todo lo que está a su alcance por excelso o sublime que sea. En estas circunstancias el desequilibrio está garantizado y la fe no es creíble. Además la imagen de Jesús es arruinada, deteriorada, y finalmente, destruida. La sociedad no necesita un héroe más sino un ser plenamente Dios y hombre. A pesar de las tergiversaciones y engaños –también mentiras– el hombre, de ayer o de hoy, no considera indiferente estos problemas; otra cosa es que huya del sacrificio y del compromiso aunque sea a corto plazo. Mas aún, la convicción de que Dios-Hombre está siempre a disposición de los hombres revoluciona, ahora sí, todas las conciencias; es el momento en el que Dios se manifiesta con su amor generoso, desinteresado y personalizado. Insisto, Dios está próximo al hombre, impulsado por la autodonación divina. Por consiguiente, Cristo-Dios no es una parte o un mero componente más entre todo lo existente, sino la base fundamental porque –entre otras razones– dirige y se preocupa de todo lo por Él creado.

Directamente el cristianismo abraza la totalidad de la existencia fortalecida por la Verdad salvadora y cuyas aportaciones son de máxima importancia. Ahora se entiende mejor cómo Cristo se introduce como equilibrio entre Dios y los hombres. Pero dada la grandeza del Hijo, el hombre avanza lentamente en la comprensión. En este enfoque sobresale la experiencia cristiana comprometida que vive el amor de Dios, amor que seguirá gravitando sobre todas las criaturas. Ahora bien, el recurso a un cambio de naturaleza para explicar el problema cristológico, naturaleza humana y divina, nada resuelve y, sin embargo, empeora la resolución del problema porque somete a Jesucristo a un antes y a un después incompatible con la naturaleza divina. Por otra parte, desde la revelación, desde la fe, tiene pleno sentido sostener que en Cristo se da una unión hipostática de la naturaleza divina y de la naturaleza humana. Por consiguiente, desde la fe queda reafirmado el misterio Dios-Hombre, figura única y prueba de todo lo revelado. Concretamente es Cristo quien, ante las exigentes interrogaciones de Caifás sobre si era hijo de Dios, responde sin ambigüedades y con firmeza: «Tú lo has dicho. Y yo os digo un día veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Padre y venir sobre las nubes del cielo»²⁶. En Cristo, una vez más, ambas naturalezas son inseparables y unidas pero no fundidas en una sola. Por lo tanto, existe unidad pero no mezcla. Y esta es la verdad plena de Dios-Hombre: dos naturalezas unidas hipostáticamente (como queda dicho anteriormente), dos pensamientos, dos voluntades y una sola persona.

5. Consideración conclusiva

Para finalizar voy a referirme a otra singular cualidad de Andrés Ortega y, más específicamente, a su poder de atracción por la coherencia de sus pensares; nunca ataca los principios básicos ni los manipula bajo el pretexto de abrir nuevas vías o campos en la teología. En esta misma dirección determinados teólogos han recurrido a eufemismos para justificar lo injustificable, para explicar lo inexplicable. Son en verdad pobres excusas sin sentido y fuera de lugar; vale como ejemplo la afirmación (no hay pruebas) de que es necesario acomodarse a las exigencias de los nuevos tiempos, que ni son nuevos ni hay acomodación, sino claudicación. Si se somete la doctrina

²⁶ Mt 26, 64.

revelada a experimentos fatuos, el balance es desolador. Como muy bien dijo Eugenio d'Ors, los experimentos con gaseosa, pero no con un exquisito champán. Este aforismo, acompañado de una particular ironía, es debido, como muy bien anota Adolfo Muñoz-Alonso, a que «el filosofar, en el pensar de d'Ors, problematiza lo cotidiano y depura lo extravagante»²⁷. Instructiva lección: no se puede jugar con los máximos valores tanto en el campo filosófico como en el teológico. Además la originalidad a ultranza puede acabar en un fenomenal fraude. Y significativamente sobresa una soberbia que encaja a la perfección con la ideología relativista.

A modo de colofón suscribo lo que Andrés Ortega dice de Karl Barth, pero aplicándolo a nuestro pensador: «Fue un teólogo y un cristiano apasionado, notablemente apasionado, por la Iglesia [...]. Digamos también que fue, al mismo tiempo, particularmente lúcido»²⁸.

Recibido el 23 de enero de 2010
Aprobado el 10 de abril de 2010

Félix Ruiz Nagore
Sociedad Internacional Archipiélago
c / Lagos de Millares, 41 (50011 Zaragoza)

²⁷ MUÑOZ-ALONSO, Adolfo: *La expresión filosófica y literaria de España*. Juan Flors-Editor, Barcelona, 1956, p. 144. Tanto Eugenio d'Ors como Adolfo Muñoz-Alonso tuvieron trato de amistad con Augusto Andrés Ortega.

²⁸ ANDRÉS ORTEGA, Augusto: *Estudios teológicos y filosóficos*, p. 130.